

bien un segundo canal interior, que será, si se quiere, la cortadura practicada por los cartagineses, cuando abrieron otra salida á su flota.

Este parecer es directamente opuesto al del doctor Shaw, que sitúa el antiguo puerto de Cartago al Norte y Noroeste de la península, en la laguna llamada *El-Mersa*, ó el Havre. Supone que este puerto ha sido cerrado por los vientos del Nordeste y por el cieno del Bagrada. D'Anville, en su *Geografía antigua*, y Belidor en su *Arquitectura hidráulica*, han adoptado esta opinión, y los viajeros se han sometido á estas respetables autoridades. Ignoro cual es acerca del particular el dictámen del sabio italiano cuya obra no he visto.

Confieso que me causa timidez el tener que impugnar á hombres de mérito tan superior como Shaw y D'Anville, pues uno había visto los lugares, y el otro los había adivinado, si así puede decirse. No obstante, me alienta una circunstancia: Mr. Humbert, ingeniero en jefe en la Goleta, hombre muy instruido, y que ha mucho tiempo que reside en medio de las ruinas de Cartago, desecha absolutamente la hipótesis del sabio inglés. Es cierto que debemos desconfiar de esos pretendidos cambios de lugares, de esos accidentes locales, por cuyo medio se explican las dificultades de un plano que no se entiende. No sé, pues, si el Bagrada ha podido cerrar el antiguo puerto de Cartago, como supone el doctor Shaw, y causar en la playa de Útica todas las revoluciones que señala. La parte alta del terreno al Norte y Noroeste del istmo de Cartago no tiene, ya sea á lo largo del mar, ya en el *El-Mersa*, la menor sinuosidad que pudiese servir de abrigo á un bajel. Para hallar el Cothon en esta situación, es preciso recurrir á una especie de agujero que en opinión de Shaw no ocupa cien varas cuadradas. Lo contrario sucede en el mar que mira al Mediodía, pues se encuentran largas calzadas; bóvedas que pueden haber sido los almacenes, y aun los albergues de las galeras; se ven canales abiertos artificialmente; un estanque interior bastante espacioso para contener las barcas de los antiguos, y en medio de él una isleta.

La historia acude en mi auxilio. Escipion el Africano estaba ocupado en fortificar á Túnez cuando vió los bajeles que salían de Cartago para atacar la flota romana en Útica, (*Tito Livio*, lib. X). Si el puerto de Cartago hubiese estado al Norte, al otro lado del istmo, Escipion no hubiera podido descubrir las galeras de los cartagineses, porque la tierra oculta en esta parte el golfo de Útica. Pero suponiendo el puerto colocado al Sudeste, Escipion vió y debió ver aparejar los enemigos.

Cuando Escipion el Emiliano se propuso cerrar el puerto exterior, hizo empezar el dique en la punta del cabo de Cartago, (*App.*) Pero este cabo está al Oriente, sobre la misma bahía de Túnez. Apiano añade que esta punta de tierra estaba inmediata al puerto, lo que es verdad si este se hallaba al Sudeste, lo que es falso si se hallaba al Nordeste. Suponer una calzada desde la punta mas larga del istmo de Cartago, con objeto de encerrar al Noroeste lo que se llama el *El-Mersa*, es una hipótesis absurda.

Por último, despues de haber tomado el Cothon, Escipion atacó á Birsa, ó la ciudadela (*Apiano*); el Cothon estaba sobre la ciudadela; por consiguiente, esta se hallaba construida sobre la mas alta colina de Cartago; colina que se ve entre el Mediodía y el Oriente. El Cothon, situado al Noroeste, hubiérase hallado á larga distancia, mientras que el estanque que indico está precisamente al pié de la colina del Sudeste.

Si me estiendo sobre el particular mas de lo necesario á muchos lectores, hay tambien otros muchos que se toman un vivo interés en los recuerdos históricos, y que no buscan en una obra sino hechos y conocimientos positivos. ¿No es cosa estraña que en

una ciudad tan famosa como Cartago sea preciso buscar hasta el sitio de sus puertos, y que lo que constituyó su gloria principal, sea precisamente lo mas olvidado?

Shaw me parece mas feliz cuando habla del puerto de que hace mencion el primer libro de la *Enéida*. Algunos sabios han creído que este puerto era una creacion del poeta; otros han creído que Virgilio se había propuesto representar ó el puerto de Itaca ó el de Cartagena, ó la bahía de Nápoles; pero el cantor de Dido, que era harto escrupuloso en lo relativo á la pintura de los lugares para permitirse semejante licencia, ha descrito con la mayor exactitud un puerto situado á alguna distancia de Cartago. Oigamos á Shaw:

«El *Arvah-Reah*, la Aquilaria de los antiguos, está á dos leguas al Este-Noroeste de Seedy-Doude, un poco al Mediodía del promontorio de Mercurio; allí desembarcó Curion las tropas que luego fueron derrotadas por Saburra. Hay allí diferentes restos de antigüedades, pero ninguna es digna de atención. La montaña situada entre la orilla del mar y la población, donde no tiene sino media milla de distancia, está á veinte ó treinta piés sobre el nivel del mar, muy artísticamente tallada, y taladrada en algunos parajes para hacer entrar el aire en las bóvedas que en ella se han practicado; aun se ven en estas bóvedas, á convenientes distancias, unas gruesas columnas y arcos para sostener la montaña. Allí están las canteras de que habla Estrabon, y de donde los habitantes de Cartago, de Útica y de otras muchas ciudades inmediatas podían sacar piedras para sus edificios; y como la parte exterior de la montaña está enteramente cubierta de árboles; como la entrada de las bóvedas mira al mar, y hay un enorme peñasco á cada lado de esta abertura, en frente de la cual se halla la isla de Egimuro; y como además se encuentran algunos manantiales que brotan del peñasco, y localidades convenientes para los trabajadores, casi no puede dudarse, al ver que las circunstancias coinciden tan exactamente, que aquella sea la caverna que Virgilio coloca en alguna parte del golfo, y cuya descripción hace en los versos siguientes, aunque hay comentadores que han creído que esto es una mera ficción del poeta:

Est in secessu longo locus: insula portum
Efficit objectu laterum; quibus omnis ab alto
Frangitur, inque sinus scindit sese unda reductos.
Hinc atque hinc vastæ rupes, geminique minantur
In cœlum scopuli, quorum sub vertice late
Æquora tuta silent: tum sylvis scena coruscis
Desuper, horrentique atrum nemus imminet umbra.
Fronte sub adversa, scopulis pendentibus antrum;
Intus aque dulces, vivoque sedilia saxo;
Nympharum domus, etc.

(Virg., *Enéid.*, lib. 1, v. 135-168.)

Una vez conocidos los puertos, lo restante nos ocupará poco tiempo. Supongo que hemos continuado nuestro camino á lo largo del mar hasta el ángulo de donde arranca el promontorio de Cartago. Este cabo, segun el doctor Shaw, nunca fue comprendido en la ciudad. Ahora nos alejamos del mar, y volviendo á la izquierda, recorremos al dirigimos á Mediodía las ruinas de la ciudad, esparcidas en el anfiteatro formado por las colinas.

Primero hallamos los vestigios de un vastísimo edificio, que parece haber formado parte de un palacio y de un teatro. Sobre este edificio, y subiendo hácia Poniente, se llega á las hermosas cisternas que pasan generalmente como los únicos restos de Cartago; acaso reciben las aguas de un acueducto cuyos fragmentos se ven en el campo. Este acueducto recorría un espacio de cincuenta millas, y se dirigía á los manantiales del Zawan y de Zungar. Había algunos templos sobre estos manantiales; los arcos mayores del

acueducto tienen setenta piés de elevación, y sus machones presentan diez y seis en cada costado. Las cisternas son inmensas, y forman una serie de bóvedas que nacen unas en otras, y están rodeadas en toda su longitud por un corredor; es en verdad una obra magnífica.

Para ir desde las cisternas públicas á la colina de Birsa se atraviesa un áspero camino. Hállanse al pié de la colina un cementerio y una miserable población, que es acaso el *Tents* de lady Montagne. Los *albergues de los elefantes* de que esta hace mencion, son unos subterráneos que nada ofrecen de particular. La cima del Acrópolis presenta un terreno llano, lleno de pequeños trozos de mármol, y que es indudablemente el área de un palacio ó de un templo. Si nos inclinamos á lo primero, será el palacio de Dido; si á lo segundo, deberemos reconocer el templo de Esculapio. Allí se precipitaron en las llamas dos mujeres: la una para no sobrevivir á su deshonor, la otra para no sobrevivir á su patria.

Soleil, dont les regards embrassent l'univers,
Reine des dieux, témoin de mes affreux revers,
Triple Hécate, pour qui dans l'horreur des ténèbres
Retentissent les airs de hurlements funèbres;
Pales filles du Styx, vous tous, lugubres dieux,
Dieux de Didon mourante, écoutez tous mes vœux!
S'il faut qu'enfin ce monstre, échappant au naufrage,
Soit poussé dans le port, jeté sur le rivage;
Si c'est l'arrêt du sort, la volonté des cieus,
Que du moins assailli d'un peuple audacieus,
Errant dans les climats ou son destin l'exile,
Implorant des secours, mendiant un asile,
Redemandant son fils arraché de ses bras,
De ses plus chers amis il pleure le trépas!...
Qu'une honteuse paix suive une guerre affreuse!
Qu'au moment de régner, une mort malheureuse
L'enleve avant le temps! Qu'il meure sans secours,
Et que son corps sanglant reste en proie aux vautours!
Voilà mon dernier vœu! Du courroux qui m'enflamme
Ainsi le dernier cri s'exhale avec mon ame.
Et toi, mon peuple, et toi, prends ton peuple en horreur;
Didon au lit de mort te legue sa fureur!
En tribut á ta reine offre un sang qu'elle abhorre!
C'est ainsi que mon ombre exige qu'on l'honore.
Sors de ma cendre, sors, prends la flamme et le fer,
Toi qui dois me venger des enfans de Teucer!
Que le peuple latin, que les fils de Carthage,
Opposés par les lieux, le soient plus par leur rage!
Que de leurs ports jaloux, que de leurs murs rivaux,
Soldats contre soldats, vaisseaux contre vaisseaux,
Courant ensanglanter et la mer et la terre!
Qu'une haine éternelle éternise la guerre!

A peine elle achevait, que du glaive cruel
Ses suivantes ont vu partir le coup mortel;
Où tu sur le bûcher la reine défaillante,
Dans ses sanglantes mains l'épée encor fumante.

Desde la cúspide de Birsa se descubren las ruinas de Cartago, mas numerosas de lo que generalmente se cree; asemejanse á las de Esparta, que nada tienen bien conservado, pero que ocupan un espacio considerable. Las visité en febrero, en cuyo mes las higueras, los olivos y los algarrobos brotaban sus primeras hojas; y muchas angélicas de gran estension y muchos acantos formaban agradables bosquecillos de verdor entre las ruinas de mármol de todos colores. A lo lejos veía el istmo, un doble mar, unas islas distantes, una risueña campiña, unos lagos azules y unas montañas hermosas por agradables accidentes de luz y colorido; descubria los bosques, las naves, los acueductos, los pueblecillos morunos, las ermitas mahometanas, los minaretes y las casas blancas de Túnez. Millares de estorninos, reunidos en bandadas, y á manera de nublados, revoloteaban sobre mi cabeza. Rodeado de los mas gigantescos y tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sofonisba, y en la heroica esposa de Asdrúbal; contemplaba las tendidas llanuras do yacen sepultadas las

poderosas legiones de Aníbal, Escipion y César; mis ojos querian reconocer el sitio ocupado por Útica; ¡ah! ¡los restos del palacio de Tiberio subsisten aun en Caprea, y búscase en vano en Útica el solar de la casa de Caton! Por último, los terribles vándalos y los ágiles moros pasaban alternativamente por mi memoria, que me presentaba como último cuadro á San Luis, espiando sobre las ruinas de Cartago. Quiero que la relación de la muerte de este príncipe termine mi *Itinerario*, pues me considero feliz regresando, digámoslo así, á mi patria, á través de un antiguo monumento de sus virtudes, y concluyendo en el sepulcro del rey de santa memoria esta larga peregrinación á los sepulcros de los grandes hombres.

Cuando San Luis emprendió su segundo viaje allende el mar, no era ya jóven. Su valetudinaria salud no le permitía ni permanecer mucho tiempo á caballo, ni sostener el peso de una armadura; pero Luis, que nada había perdido del vigor de su espíritu, reunió en París los grandes del reino, y despues de trazarles el cuadro de las calamidades de la Palestina, les declaró que estaba resuelto á marchar al socorro de sus hermanos los cristianos. Al mismo tiempo recibió la cruz de manos del legado del papa y la entregó á sus tres hijos mayores.

Multitud de señores se cruzaron, á su imitación; los reyes de Europa se prepararon á tomar la bandera. Carlos de Sicilia, Eduardo de Inglaterra, Gaston de Bearn y los reyes de Navarra y de Aragón. Las mujeres mostraron el mismo celo: la señora de Poitiers, la condesa de Bretaña, Yolanda de Borgoña, Juana de Tolosa, Isabel de Francia y Amicia de Courtenay, abandonaron la rueca que entonces manejaban las reinas, y siguieron á sus maridos al otro lado del mar.

San Luis hizo su testamento, dejando en él á Inés, la mas jóven de sus hijas diez mil francos de dote, y cuatro mil á la reina Margarita; nombró luego por regentes del reino á Mateo, abad de San Dionisio, y á Simon, señor de Nesle; despues de esto, fue á tomar la oriflama.

Esta bandera, que empieza á brillar en los ejércitos de la Francia en el reinado de Luis el *Gordo*, era un estandarte de seda pendiente de la estremidad de una lanza, de color de escarlata á manera de estandarte con tres puntas, y le rodeaban unos flecos de seda verde. En tiempo de paz se le depositaba en el altar de la abadía de San Dionisio, entre los sepulcros de los reyes, como para advertir que de raza en raza los franceses eran fieles á Dios, al príncipe y al honor. San Luis tomó esta bandera de mano del abad, que tal era la costumbre; recibió del mismo la escarcela (1) y el bordon (2) del peregrino, llamado en aquella época el *consuelo* y la *señal del viaje* (3); usanza tan antigua en la monarquía, que Carlomagno fue enterado con la escarcela de oro que acostumbraba llevar cuando iba á Italia.

Luis oró en el sepulcro de los mártires, y puso su reino bajo la protección del patrono de la Francia. Al dia siguiente de esta ceremonia se dirigió descalzo y acompañado de sus hijos desde el palacio de Justicia hasta la iglesia de Nuestra Señora. Aquella misma noche salió para Vincennes, donde se despidió de la reina Margarita, hermosa y buena reina, llena de gran sencillez, segun dice Roberto de Saincerialux; hecho esto, abandonó para siempre aquellas añosas encinas, venerables testigos de su justicia y su virtud.

San Luis se embarcó en Aigues-Mortes el martes 4.º de julio de 1270. En el consejo del rey se debatieron tres pareceres, antes de darse á la vela: abordar en San Juan de Acre; atacar el Egipto, ó practicar un desembarco en Túnez. Por desgracia San Luis adoptó

(1) Un cinturón.

(2) Un báculo.

(3) *Solatia et indicia itineris.*

el último dictámen por una razón que parecía bastante decisiva.

Túnez se hallaba á la sazón bajo el dominio de un príncipe á quien Godofredo de Beaulieu y Guillermo de Nangis llaman *Omar-el-Muley-Moztanca*. Los historiadores contemporáneos no dicen el por qué este príncipe fingió querer abrazar la religión cristiana; pero es muy probable que noticioso del armamento de los cruzados, y no sabiendo donde estallaría aquella tempestad, creyó conjurarla enviando embajadores á Francia y halagando al santo rey con una conversión que no entraba en sus planes. Esta supercheria del infiel fue precisamente lo que atrajo sobre su cabeza la tormenta que pretendía conjurar. Luis creyó que bastaría dar á Omar una ocasión de hacer manifiestos sus deseos, y que en tal caso gran parte del Africa se haría cristiana, á imitación de su príncipe.

A este motivo religioso se unía una razón política: los tunecinos infestaban los mares; se apoderaban de los socorros destinados á los príncipes cristianos de la Palestina; suministraban caballos, armas y soldados á los soldanes de Egipto, y eran el centro de las inteligencias que Bondoc-Dari mantenía con los moros de Marruecos y de España. Importaba, pues, destruir aquella madriguera de bandidos, para facilitar las expediciones á Tierra Santa.

San Luis entró en la bahía de Túnez en julio de 1270. Por aquel tiempo un príncipe moro se había propuesto reedificar á Cartago, y muchas casas nuevas descollaban ya en medio de las ruinas, y se veía un castillo sobre la colina de Birsá. Los cruzados admiraron la hermosura del país, cubierto de estensos olivares. Omar no salió al encuentro de los franceses, pero les amenazó con degollar á todos los cristianos de sus estados si intentaban el desembarco. Estas amenazas no impidieron que el ejército desembarcase y acampase en el istmo de Cartago, despues de haber tomado posesion de la patria de Anibal dirigiéndole estas palabras: *Yo te intimo el mandato de Nuestro Señor Jesucristo y de Luis rey de Francia, su lugarteniente*. Aquellos lugares habian oido del gétulo, del tirio, del latino, del vándalo, del griego y del árabe, la espresion de las mismas pasiones en diferentes idiomas.

San Luis resolvió tomar á Cartago antes de sitiar á Túnez, á la sazón ciudad rica, mercantil y fortificada. Trabada la lucha, espulsó á los sarracenos de una torre que defendía las cisternas; el castillo fue asaltado, y la nueva ciudad sufrió la suerte de la fortaleza. Las princesas que seguían á sus maridos desembarcaron en el puerto; y por una de esas singulares peripecias que los siglos llevan consigo, las principales damas de Francia se alojaron en las ruinas de los palacios de Dido.

Pero la prosperidad abandonó á San Luis desde que atravesara los mares, como si su destino fuese dar á los infieles el ejemplo del heroísmo en el infortunio. No le era posible atacar á Túnez antes de recibir los auxilios que debía llevarle su hermano el rey de Sicilia. Obligado, por lo tanto, á atrincherarse en el istmo, el ejército se vió acometido de una enfermedad contagiosa que en pocos dias arrebató la mitad de los soldados. El sol de Africa devoraba á unos hombres acostumbrados á vivir bajo mas benigno cielo. Y para aumentar los desastres de los cruzados, los moros levantaban una arena abrasadora por medio de máquinas, y entregaban al viento aquella arena candente, imitando de esta suerte, en daño de los cristianos, los efectos del *Kamsim* ó del terrible viento del desierto: ingeniosa y formidable invención, digna de las soledades que la inspiraron, y que prueba hasta qué punto puede llevar el hombre el genio de la destruccion. Los incansables combates acababan de estenuar las fuerzas del ejército; los vivos no bastaban para dar sepultura á los muertos, y los cadáveres eran arrojados

á los fosos del campamento, que no tardaron en quedar cegados.

Los condes de Nemours, de Montmorency y de Vendome no existían ya; el rey había visto espirar en sus brazos á su querido hijo, el conde de Nevers, y él mismo se sintió atacado del contagio, conociendo desde el principio que su mal era de muerte, y que pos-traria fácilmente un cuerpo quebrantado por las fatigas de la guerra, por los cuidados del trono, y por aquellas vigiliás religiosas y reales que Luis consagraba á Dios y á su pueblo. Esforzóse, no obstante, en disimular su mal y en ocultar el dolor que la pérdida de su hijo le causaba. Veíasele, con la muerte retratada en el semblante, visitar los hospitales como uno de aquellos religiosos mercenarios consagrados en los mismos lugares á la redencion de los cautivos y á la salvacion de los apesados. De las obras de santo pasaba á los deberes de rey; velaba por la seguridad del campamento, y mostraba al enemigo un intrépido continente; ó bien sentado delante de su tienda, administraba justicia á sus súbditos, como debajo de la encina de Vincennes.

Felipe, primogénito y sucesor de San Luis, no se alejaba de su padre, á quien veía próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió al fin precisado á no salir de su tienda; y entonces, no pudiendo ya ser personalmente útil á sus pueblos, procuró garantizarles la felicidad para el porvenir, dirigiendo á Felipe unas instrucciones que ningun francés leerá en tiempo alguno sin derramar lágrimas; escribiólas en su lecho de muerte. Ducange habla de un manuscrito que parece ser el original de esas preciosas instrucciones; el escrito era largo, pero en sus trémulos caracteres echábase bien de ver la debilidad de la mano que había trazado los conceptos de un alma tan vigorosa.

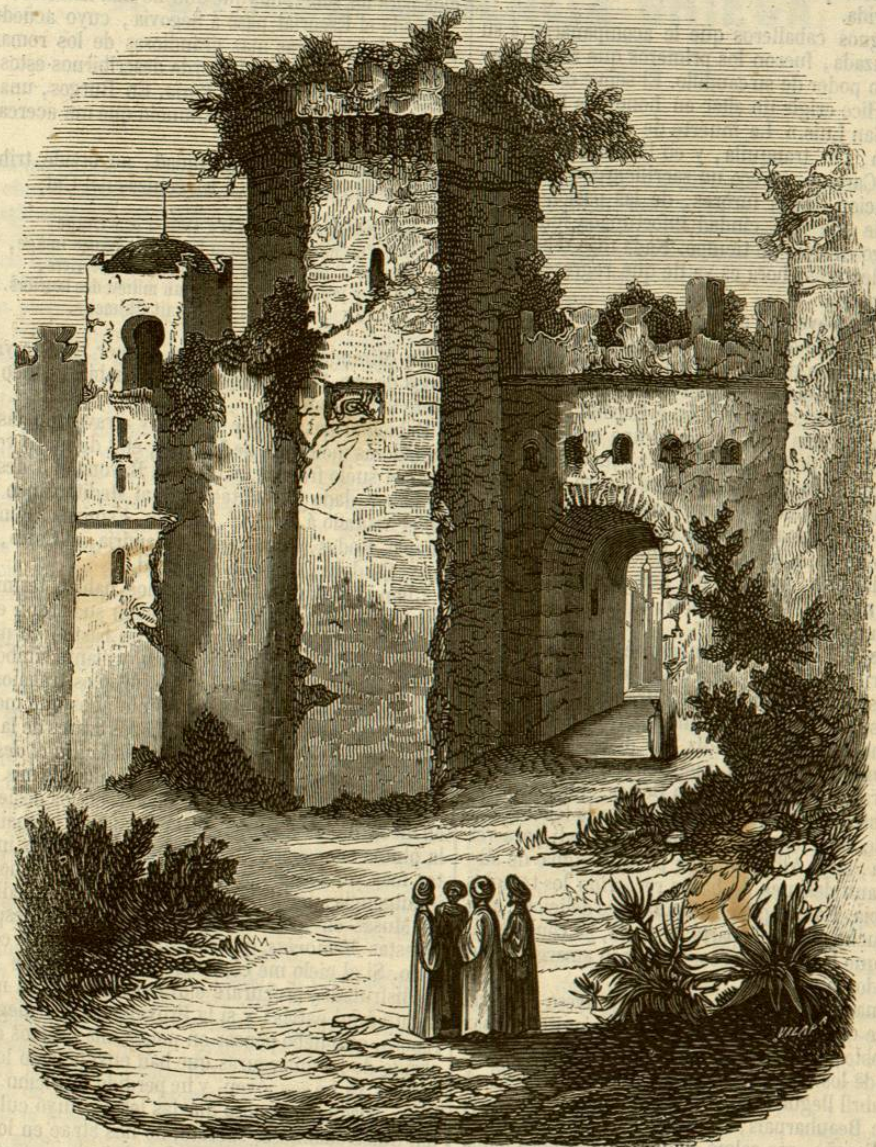
Todo hombre cercano á su fin, desencantado de las cosas del mundo, puede dirigir sabios consejos á sus hijos; pero cuando estos consejos están apoyados en el ejemplo de toda una vida de inocencia; cuando salen de los labios de un gran príncipe, de un denodado guerrero, y del corazón mas sencillo que puede hallarse; cuando son las últimas aspiraciones de un alma divina, que vuela á las eternas mansiones; ¡feliz entonces al pueblo que puede glorificarse diciendo: «El hombre que ha escrito estas instrucciones era el rey de mis padres!»

Como la enfermedad hiciese notables progresos, Luis pidió la Estrema-Uncion; al recibirla, respondió á las preces de los agonizantes con voz tan segura como si diese órdenes en un campo de batalla. Púsose de rodillas al pié de su lecho para recibir el santo Viático, y fue preciso sostener por los brazos á este nuevo San Gerónimo en esta última comunión. Desde aquel momento puso término á los pensamientos terrenos, pues juzgó cumplidos sus deberes respecto de su pueblo. ¡Ah! ¿qué monarca había cumplido mejor los suyos? Su caridad se extendía entonces á todos los hombres: oró por los infieles, que fueron á la vez la gloria y el infortunio de su vida, é invocó los santos patronos de esa Francia, objeto de su paternal cariño. En la mañana del lunes 23 de agosto, conociendo que se acercaba su hora final, se hizo acostar en un lecho de ceniza, donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en el cielo.

Solo se ha visto una vez, y jamás volverá á verse tan magnífico espectáculo: la flota del rey de Sicilia se dejaba ver en el horizonte; el campo y las colinas estaban cubiertos con el ejército de los moros. En medio de las ruinas de Cartago, el campamento cristiano presentaba la imágen del mas horroroso dolor; ningun ruido resonaba en él; los soldados moribundos salían de los hospitales, y se arrastraban á través de las ruinas para acercarse á su rey, próximo á dejar de existir. Luis estaba rodeado de su familia, anegada en

lágrimas, de príncipes afligidos, y de princesas desfallecidas. Los diputados del emperador de Constantinopla se hallaban presentes á esta escena, y pudieron contar á la Grecia el prodigio de una muerte que hubiera causado la admiracion de Sócrates. Desde el lecho de ceniza en que San Luis exhalaba el postrer suspiro, descubriase la costa de Útica: todos podían entablar la comparacion entre la muerte del filósofo estoico y la del filósofo cristiano. Mas dichoso que Caton,

San Luis no se vió obligado á leer un tratado de la inmortalidad del alma para convencerse de la existencia de una vida futura, cuya invencible prueba hallaba en su religion, en sus virtudes y en sus infortunios. Por último, él rey exhaló su postrer aliento á las tres de la tarde, pronunciando en voz preceptible estas palabras: «¡Señor! entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo; y su alma voló al santo templo que era digna de habitar.»



PUERTA DE LOS MAUGRAVINOS.

Oyóse entonces el eco de la trompeta de los cruzados de Sicilia, cuya flota llegaba llena de regocijo y cargada de inútiles auxilios; mas nadie respondió á su señal. Carlos de Anjou se admiró de ello, y empezó á temer hubiese ocurrido alguna desgracia. Saltó á tierra donde vió á los centinelas con la pica vuelta, espresando su dolor menos aun en este luto militar, que en el abatimiento de su semblante. Voló á la tienda del

rey su hermano, á quien halló difunto sobre el lecho de ceniza; arrojóse sobre sus restos mortales, rególos con sus lágrimas, besó con respeto los piés del santo, y dió unas muestras de ternura y de dolor que nadie esperaba de alma tan orgullosa. El rostro de San Luis conservaba aun todos los colores de la vida.

Carlos obtuvo las entrañas de su hermano, que hizo depositar en Montreal, cerca de Salerno. El corazón

y la osamenta del príncipe fueron destinados á la abadía de San Dionisio; pero los soldados no quisieron dejar partir antes que ellos unos despojos tan queridos, diciendo que las cenizas de su soberano eran la salvación del ejército. Dios quiso dar al sepulcro del santo una virtud que se manifestó por medio de repetidos milagros. La Francia, que no podía consolarse de haber perdido en la tierra tan buen monarca, le declaró su protector en el cielo. Luis, colocado en el número de los santos, fue de este modo para la Francia una especie de rey eterno. Eleváronse iglesias y capillas mas magníficas que los modestos palacios donde había pasado su vida.

Los antiguos caballeros que le acompañaron á su primera cruzada, fueron los primeros que reconocieron el nuevo poder de su caudillo. El señor de Joinville dice: «Hice erigir un altar en honor de Dios y de Monseñor San Luis.» La muerte de este, tan tierna, tan virtuosa, tan tranquila, y en la cual termina la historia de Cartago, parece un sacrificio de paz ofrecido en espacion de los furiosos, de las pasiones y los crímenes de que esta ciudad infortunada fue teatro por tan largo espacio de tiempo. Nada mas tengo que decir á los lectores; hora es ya de que regresen conmigo á mi patria.

Dejé á Mr. Devoise, que me había dado tan noble hospitalidad, y me embarqué en el schooner americano, que como he dicho, me había fletado Mr. Lear. Zarpamos de la Goleta el lunes 9 de marzo de 1807, y nos dimos á la vela con rumbo á España. Tomamos las órdenes de una fragata americana en la rada de Argel, donde no desembarqué. Esta ciudad está edificada en una situación encantadora, sobre un ribazo que se asemeja á la hermosa colina de Pausilipo. El 19 á las 7 de la mañana, descubrimos á España hácia el cabo de Gata, en la punta del reino de Granada; seguimos la costa, pasamos por delante de Málaga, y fuimos á anclar el Viernes Santo, 27 del citado mes, en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua desembarqué en Algeciras, y el 4 de abril partí para Cádiz á donde llegué dos días despues, siendo recibido con estremada urbanidad por el cónsul y vice-cónsul de Francia, los SS. Leroy y Canclaux. Desde Cádiz me dirigí á Córdoba, donde admiré la mezzquita que le sirve hoy de magnífica catedral. Recorrí la antigua Bética, que los poetas habían considerado como la mansion de la felicidad; y despues de subir hasta á Andújar, retrocedí para ver á Granada, cuya Alhambra me pareció digna de admiracion aun despues de haber recorrido los templos de la Grecia. La campiña de Granada es deliciosa; y se parece mucho á la de Esparta; al verla, se concibe fácilmente que los moros recordasen con amargura tan privilegiado pais.

De Granada salí para Aranjuez, y atravesé la patria del ilustre caballero de la Mancha, á quien tengo por el mas noble, el mas valiente, el mas amable y el menos loco de los mortales. En Aranjuez vi el Tajo, y el 21 de abril llegué á Madrid.

Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en la corte de España, me colmó de obsequios, pues había conocido en otro tiempo á mi desgraciado hermano, muerto en el cadalso con su ilustre abuelo, Mr. de Mallesherbes.

El 24 abandoné á Madrid y pasé al Escorial, construido por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. La corte va todos los años á pasar una temporada á este monasterio, como para ofrecer á unos solitarios muertos al mundo el espectáculo de todas las pasiones, y recibir de ellos enseñanzas de que las pasiones nunca se aprovechan. Allí se vé tambien la capilla fúnebre, donde están sepultados los reyes de España, en sarcófagos iguales y dispuestos á manera de escalones; de modo que todo aquel polvo, impotente ya, está rotulado y ordenadamente dispuesto como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que aun no han fallecido.

Desde el Escorial pasé á Segovia, cuyo actueducto es una de las obras mas grandiosas de los romanos; pero dejemos á Mr. de Laborde describirnos estos monumentos en su hermoso *Viaje*. En Burgos, una soberbia catedral gótica me anunció que me acercaba á mi pais.

Al visitar esta antigua ciudad, no olvidé tributar un recuerdo de respeto á las cenizas del Cid;

Don Rodrigue surtout n'a trait á son visage
Qui d'un homme de cœur ne soit la haute image,
Et sort d'une maison si féconde en guerriers,
Qu'ils y prennent naissance au milieu des lauriers.
..... Il adorait Chimene.

En Miranda saludé al Ebro, primer rio que vió los pasos de ese Anibal cuyas huellas había seguido durante tanto tiempo.

Habiendo pasado por Vitoria y atravesado las encantadoras montañas de Vizcaya, el 3 de mayo volví á pisar el suelo francés, y llegué á Bayona el 5 despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo y de haber visitado á Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rodas, Jerusalém, Alejandría, el Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid.

Cuando los antiguos peregrinos habían terminado un viaje á Tierra Santa, depositaban su bordon en Jerusalém y tomaban á su regreso un baston de palmera: yo no he traído á mi pais tan brillante símbolo de gloria, pues no he dado á mis últimos trabajos una innecesaria importancia. Há veinte años que me consagro al estudio en medio de todos los azares de la suerte y de todos los sinsabores, *diversa exilia et desertas querere terras*: gran número de páginas de mis libros han sido escritas debajo de la tienda, en los desiertos y en medio de las olas; con harta frecuencia he manejado la pluma sin saber cómo prolongaría algunos instantes mas mi existencia; pero estos son derechos á la indulgencia, no títulos de gloria. Me he despedido de las Musas en los *Mártires*, y renuevo mi despedida en estas *Memorias*, que son su continuacion ó comentario. Si el cielo me concede un descanso que nunca he disfrutado, procuraré elevar en silencio un monumento á mi patria; y si la Providencia me niega este reposo, solo debo pensar en poner mis últimos dias al abrigo de las amarguras que han envenenado los primeros. Ya no soy jóven, y he perdido la aficion al bullicio, porque no ignoro que las letras, cuyo cultivo es tan dulce cuando es secreto, no nos atrae en lo exterior sino desatadas tempestades: de todas maneras, he escrito bastante si mi nombre debe vivir; demasiado, si debe perderse en las tinieblas del olvido.

FIN DEL ITINERARIO.

VARIOS DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS.

RELATIVOS

A LA INDEPENDENCIA GRIEGA.

Cuando en 1806 emprendí mi viaje á Jerusalém, esta ciudad estaba casi enteramente olvidada, porque un siglo anti-religioso había perdido la memoria de la cuna de la religion; y como ya no había caballeros, parecia que ya no había Palestina.

El último viajero á Levante, el conde de Volney, había proporcionado al público muy apreciables noticias relativamente á la Siria; pero habíase limitado á ciertos detalles generales acerca del gobierno de la Judea. De este concurso de circunstancias resultaba que Jerusalém, por otra parte tan inmediata á nosotros, parecia hallarse en los confines del mundo; la imaginacion se complacia además en sembrar obstáculos y peligros en los caminos de la Ciudad Santa. Yo resolví aventurarme á llegar á ella, y me sucedió lo que siempre sucede á todo aquel que sigue sin titubear el objeto de sus terrores: el fantasma se desvaneció. Costé todo el Mediterráneo sin experimentar accidentes de trascendencia, volviendo á hallar á Esparta, pasando á Atenas, saludando á Jerusalém, admirando á Alejandría, señalando á Cartago, y descansando del triste espectáculo de tantas ruinas en las ruinas de la Alhambra.

He tenido, pues, el escaso mérito de abrir el camino, y el gran placer de ver que se han seguido mis huellas. En efecto, no bien fue publicado mi *Itinerario*, cuando sirvió de guia á multitud de viajeros. Nada le recomienda tanto al público como su exactitud; es el libro de viaje de las ruinas, pues he marcado escrupulosamente en él los caminos, los habitantes y las estaciones de la gloria. Mas de quinientos ingleses han visitado á Atenas en estos últimos años; y lady Stanhope ha renovado en Siria la historia de las princesas de Antioco y de Tripodi.

Aun cuando no hubiera tenido, al trasladarme á Grecia y la Palestina, sino la felicidad de trazar la senda á los talentos eminentes llamados á darnos á conocer estos pais de hermosos y grandes recuerdos, me felicitaria por haber realizado mi empresa. El público ha visto en París los *Panoramas* de Jerusalém y de Atenas: la ilusion era tan completa, que reconocí al primer golpe de vista los monumentos y lugares que había indicado. Ningun viajero se ha visto en tiempo alguno sometido á tan dura prueba: yo no podía esperar que Jerusalém y Atenas fuesen trasladados á París, para convencerme de mentira y de verdad. La confrontacion con los testigos me ha sido favorable; y tan minuciosa ha parecido mi exactitud, que algunos fragmentos del *Itinerario* han servido de programa y de esplicaciones populares á los cuadros de los *Panoramas*.

El *Itinerario* ha adquirido un interés de nueva especie, á causa de los acontecimientos políticos del momento; háse convertido, por decirlo así, en una obra de circunstancias, en un mapa topográfico del teatro

de esta guerra sagrada que escita actualmente la atencion de todos los pueblos, puesto que se trata de saber si Esparta y Atenas renacerán, ó si permanecerán eternamente sepultadas en su polvo. ¡Desgraciado el siglo, que testigo de una lucha heroica, creyese que se puede permitir sin peligro y sin penetracion del porvenir, que una nacion sea inmolada!

No es cierto que el derecho político esté siempre separado del derecho natural, porque hay crímenes que perturbando el orden moral, perturban el orden social y motivan la intervencion política. Cuando la Inglaterra tomó las armas contra la Francia en 1793, ¿qué razon alegó para justificar su determinacion? Declaró que no podía mantenerse por mas tiempo en paz con un pais donde se violaba la propiedad, donde se proscribía á los ciudadanos, donde se desterraba á los sacerdotes, y donde habían sido abolidas todas las leyes protectoras de la humanidad y la justicia. ¿Y se sostendrá hoy que no hay ni asesinato, ni destierro, ni espropiacion en Grecia? ¿Se defenderá que es lícito asistir tranquilamente al degüello de algunos millones de cristianos?

Los hombres detestables y de limitada inteligencia que creen que una injusticia, en el mero hecho de haber sido consumada, no acarrea ningun resultado funesto, son la peste de los Estados. ¿Cuál fue la primera acriminacion dirigida en 1789 por las potencias extranjeras al gobierno monárquico de la Francia? El haber tolerado la reparticion de Polonia. Esta reparticion, que derribó la barrera que separaba el Norte y el Oriente, del Mediodia y del Occidente de Europa, abrió el camino á los ejércitos que han ocupado alternativamente á Viena, Berlin, Moscou y Paris.

Una política inmoral se envanece por una victoria pasajera; júzgase sutil, astuta y hábil, cuando escucha con irónico desprecio el grito de la conciencia y los consejos de la probidad. Empero mientras camina sin obstáculos aparentes, y mientras se juzga victoriosa, se siente súbitamente detenida por los mismos velos con que se encubria; vuelve la cabeza, y se encuentra frente á frente con una revolucion vengadora que la ha seguido en silencio. ¿No quereis estrechar la mano suplicante de la Grecia? ¿Pues bien! su mano moribunda os marcará la frente con una mancha de sangre, para que el porvenir os reconozca y castigue.

Cuando recorrí la Grecia, estaba triste pero tranquila; el silencio de la esclavitud reinaba sobre sus destruidos monumentos; la libertad no había hecho oír el grito de su renacimiento en el fondo de la tumba de Armodio y Aristogiton, y los ahullidos de los esclavos negros de la Abisinia no habían respondido á este grito. Durante el dia, no escuchaba en mis largas jornadas sino la eterna cancion de mi pobre guia; y durante la noche dormía tranquilamente al abrigo de algunas adelfas, á la márgen del Eurotas. Las rui-